

## PRIMEROS CONTACTOS EUROPEOS CON EL HOMBRE AMERICANO

El descubrimiento de América supone, desde el punto de vista antropológico, el enfrentamiento del mundo occidental con un nuevo tipo de humanidad. El contacto entre Oriente y Occidente, que el gran desplazamiento de masas cristianas hacia Tierra Santa había determinado durante las Cruzadas, los viajes de los portugueses hacia el logro del periplo africano, después, habían familiarizado a los hombres de las naciones occidentales y meridionales de Europa con otros tipos de hombre. La misma lucha contra los moros, que había creado una fuerte casta guerrera —ahora sin objeto en la Península— era cosa tan reciente y de memoria tan fuertemente anclada en el espíritu hispano, que cuando Cortés llega a un buen poblado yucateca le bautiza con el nombre de “El Gran Cairo”, tan revelador de suyo, y Bernal Díaz, su heroico y oscuro conmillón— testigo, por ello mismo excepcional, ya que muestra sin ficciones lo que creía el común de la masa hispana que iba pujando tras el pendón del adalid— sigue hablándonos, impertérrito, de “mezquitas” cada vez que asoma en el horizonte el perfil sangriento de un *teocalli*.

Esta confusión, este no advertir la novedad, la ineditéz del problema, es cosa que se nota, por de contado, en los relatos —algo trastocados por el padre Las Casas— que conocemos del Descubridor. Nadie como él para creer que está a la orilla misma del Oriente, cuyas tierras tenían aún la sugestión pro-

funda del misterio y exhalaban, junto con los perfumes de la mirra, del sándalo y del incienso, la poderosa atracción que revelan las alucinantes páginas de *Il Millione*. De ahí el nombre de “indios”, que aun hoy decora a los autóctonos; de ahí, también, que Colón hablara, como una prolongación de sus viajes a ese Oriente supuesto, del rescate del Santo Sepulcro, que era “otro negocio famosísimo [que] está con los brazos abiertos llamando”, como dice, con palabras irreemplazables, en su larga carta, “a los Cristianísimos y muy poderoso Rey y Reina de España”, a raíz de su cuarto viaje, pero de cuyo proyecto había ya hablado a los Soberanos desde antes del primero.

No ha de ser él, ni ninguno de los que tras él vinieron a América, quien denuncie que estos habitantes son *otra cosa*, que los demás infieles. Ese descubrimiento ha de revelarlo al mundo otro importante personaje: aquel sagaz humanista, “repórter” de los conquistadores, que en sus *Décadas de Orbe Novo* o en sus cartas desparramadas por todo el mundo cristiano y reunidas luego con el título de *Opus Epistolarum*, puso en conocimiento de los príncipes, seculares o eclesiásticos, todas las revelaciones de ese “mundo nuevo”, expresión que, en 1494, inventa y propala cuatro años antes de que la emplease el propio Colón. Había bastado a Pedro Mártir de Angleria, sutil futuro obispo de Jamaica —tierra que jamás llegó a visitar, como ninguna otra americana— para advertir que éstos no eran negros, ni asiáticos, ni guanches, la visión personal de los pobres indígenas que el Descubridor llevara consigo al regreso de su primer viaje: la concepción de que había otro tipo de hombre, diverso de los ya conocidos, estaba lanzada.

Pronto el primer Visorrey de América ha de ir notando que el problema se complica. Por muy empíricos, incompletos y desvaídos que sean sus conocimientos y hasta su preocupación por los problemas antropológicos, ahí están los hombres mismos —como tales hombres, no como ciencia— para preocuparle. A él debemos las primeras descripciones etnográficas, entremezcladas a vuela pluma en el robusto castellano sin pulir que posee, pero en el que brillan, como gemas preciosas, de tanto en tanto, expresiones de fuerza extraordinaria. Ha de ser él —mucho antes que Fernández de Oviedo y Valdez nos haga su recuento general de los caribes y nos dé las primeras

muestras iconográficas— quien nos haga rápidos inventarios de una somera e inicial etnografía.

En la búsqueda de la fuente “donde nace el oro”, iba hallando, en cambio, poblaciones diversas, y enterándose paulatinamente de sus también diversos usos y costumbres. Así es él quien —ya en su primer viaje— envía a un Luis de Torres, escogido por su dominio de varias lenguas orientales, hacia el interior de la “Isla Juana” (Cuba) donde halló y conoció el uso del tabaco, así como, en el tercero, pudo enterarse, en la “Isla de Gracia” (Venezuela) del empleo del maíz, como alimento y como materia prima para bebidas, por cuya planta se interesó, introduciéndola en Castilla.

Pero, en el ínterin de estos viajes (y mientras transcurría su personal vía crucis) fué observando también, con esa acuidad en el mirar que ya maravillaba a Humboldt, que en el ámbito de sus islas numerosas había varias suertes de maneras de vivir, y que si los primeros indígenas que encontró parecían mansos (y “deben ser buenos servidores”, como apunta en su Diario el mismo día que da con ellos), tanto que “con cincuenta hombres los terná todos sojuzgados, y les hará hacer todo lo que quisiese”, según otra frase del mismo documento, en cambio, los de Haití eran un conglomerado inteligente y culto, con manifestaciones modelísticas del arte escultórico en madera, grandes canoas monoxilas de caoba labrada capaces para ciento cincuenta personas, y que compensaban su desnudez chocante con intrincados peinados “de tantas maneras que no se podría escribir”, “gente de amor y sin cudicia”, con “una habla la más dulce del mundo...”

Eso de las canoas monoxilas fué recogido como elemento esencial de sus informes por el empecinado Angleria, con una profusión que ya he hecho notar en uno de mis estudios, dedicado especialmente a aquel tema. Y es cosa, además, que siempre tiene importancia para estos invasores navegantes, ya para aprovecharla como sustituto marineró en alguna de sus accidentadas navegaciones —como en el caso de la casi inverosímil hazaña de Diego Méndez de Segura, al servicio del propio Almirante—, ya como elemento que permite a los naturales avanzar, conscientemente o no, al encuentro de los intrusos blancos, y a éstos valorar, por ello, a los pueblos con

quienes han de habérselas y trazar su primer inventario patrimonial, revelador de su estado de cultura.

Es así, precisamente, como saben los españoles que hacia el Sur ha de hallarse a poblaciones organizadas, con una cultura similar en grado a la de los mexicanos ya descubiertos: de ellos se enteró el piloto Bartolomé Ruiz y sus acompañantes cuando hallan, en la Mar del Sur, a una gran canoa, ricamente labrada, con tapices y colgaduras, en la que bogan indígenas comerciantes, con gran copia de productos y hasta —detalle que golpeará más que ninguno en el espíritu comprensivo de estos mercaderes ávidos de oro y especias— una balanza con la que pesar a sus productos, para efectuar el trueque. Antes de tener por delante a otros especímenes de los pueblos incásicos, los españoles advierten, por este somero inventario de sus bienes de fortuna —objetos, vestiduras, medios de transporte, armas y utensilios—, que ya no están en el camino de nuevos caníbales desnudos, más o menos indefensos, sino rumbo a otra esplendente civilización autóctona sudamericana.

Naturalmente que todo este avanzamiento en el conocer de lo referente al hombre americano se da como resultado de la serie de viajes que los sucesores de Colón van a emprender por toda América. Ella logra una suma de nociones dispares e inconexas, lo más alejada posible a un conocimiento sistematizado. Habrá que exceder los límites de los siglos XVI y XVII para llegar, después de mediados del XVIII, a un agrupamiento algo sistemático de los naturales. Y ha de ser, sólo en el XIX y XX cuando tales estudios comparativos abarcarán buena parte del Continente. Baste, al efecto, recordar que Alcides D'Orbigny es el primero que intenta una clasificación de los aborígenes sudamericanos, en su libro, hoy clásico, editado de 1839.

Otro tanto ocurre en el capítulo de la lingüística, en el que hay que esperar a los primeros años del 800 para encontrar los esbozos clasificatorios, tan tintados aún de empirismo, de los padres Hervás y Zúñiga, seguidos luego por los estudios, siempre fragmentarios, de von Martius, Paul Ehrenreich, Adam y otros, aunque el estudio particularizado de las hablas indígenas —tan necesarias para las tareas evangelizadoras—, venga desde 1560, con el *Lexicon* y la *Gramática* de Fray Domingo de Santo Tomás, para el quichua; desde 1595, con la

obra similar del Padre José de Anchieta, para el guaraní; desde 1606, con la correlativa del Padre Luis de Valdivia, para el araucano, para no citar sino a las tres que ofician de *lingua general* en el actual territorio argentino.

Sin embargo, es desde temprana hora que se recogen, en Europa o en América, los frutos de esa preocupación individual o estatal por lo americano, pues a los esfuerzos de los que, respondiendo sólo al mandato de su actividad personal, escriben derroteros, crónicas de viaje o memorias, hay que añadir a los que, por ser cronistas mayores o menores de Indias —es decir, por mandato expreso de la Corona, o en función de su cargo— hacen lo propio.

Tales materiales bibliográficos forman hoy un ingente conjunto, ampliado de tanto en tanto por algún nuevo hallazgo bibliográfico inesperado (así, por ejemplo, entre los últimos, el manuscrito de Sarmiento de Gamboa, encontrado en la biblioteca de Gotinga, o el de Poma de Ayala en la de Copenhague) que rescata para la ciencia documentos preciosos. Sin embargo, no hay que creer, en esto como en otros aspectos de la labor histórica, que el documento sea la historia.

Tanto como para otros elementos más modernos, es indispensable aplicar a estas fuentes los conocidos recaudos historiográficos de la crítica, para poder decantar sus informaciones y, sobre todo, apreciar hasta qué punto están, voluntariamente o no, falseadas por el dolo, el interés, o el simple error. Ello puede deberse a veces a ese poder incontrolable de la fantasía, como se advierte, por ejemplo, para no citar más que crónicas de una misma época y de un mismo país, cuando se compara un texto de Jean de Lery o de D'Evreux, con el pasaje correlativo de Thevet, en que éste da rienda suelta a su poderosa capacidad de "embellecimiento" de la verdad...

Mucho más complicado es el problema cuando lo trasladamos al campo español, en donde las banderías políticas (tanto las del campo político indígena como las del propio hispánico) complican la posterior labor valorativa y crítica. Así, por ejemplo, si se trata de la conquista del Perú, habrá que saber primero si el autor tiene simpatías indigenistas, como Fernando de Santillán o Juan Polo de Ondegardo, o les es contrario, como Sarmiento de Gamboa o Juan de Matienzo. Y aun, averiguado esto, sólo estaremos a mitad de jornada, pues

será necesario precisar si tienen parcerías con el bando de Pizarro, cual Gutiérrez de Santa Clara, o con el de Almagro, como ocurre a Fernández de Palencia; o si es partidario de Huáscar, tal como acontece con Garcilaso de la Vega, o de su hermanastro Atahualpa, posición que adoptan, por ejemplo, Santa Cruz Pachacuti entre los indígenas, y Cavello Balboa, en el campo español.

Sólo después de aclarar esto podremos apreciar la crónica en su exacto valor, pues algunas de ellas llegaron a ser tan notoriamente inexactas, a fuerza de pasión, que el Consejo de las Indias debió de prohibirlas, como le ocurrió al propio Palencia, ya nombrado, o —en lo que se refiere a Méjico— a Francisco López de Gomara. Para apreciar la justicia de este último pronunciamiento, basta comparar con esa crónica la del gran Sahagún, con su incomparable conocimiento del alma y de la cultura mexicana, o simplemente las páginas, rebosantes de vida, del rudo soldado de a pie, Bernal Díaz del Castillo, en quien alienta lo mejor del invencible espíritu castellano.

Sin embargo, y sin estos escrúpulos críticos, en verdad, tales crónicas se expanden rápidamente por toda Europa, donde encuentran en todas las épocas un público adicto y entusiasta. Baste recordar, a modo de muestra, las sucesivas ediciones de Garcilaso, a partir de la *princeps* (1ª parte en Lisboa, en 1609; 2ª parte, en Córdoba en 1617), y sus traducciones a otras lenguas (al francés, en 1633; al inglés en 1688, con reimpresiones en 1859 y 1871), aunque tal éxito dependa también en gran parte de las dotes de estilo del mestizo estupendo. Gracias a tal conjunto de obras, América fué pronto, no la nebulosa pródiga en colores deslumbrantes y en prodigios inauditos, sino el mundo en que todo presentaba un enfoque, un cariz nuevo, el Continente de la inmensidad en el que florecía el hombre nuevo.

Ante este conjunto de pueblos aborígenes, de tan diversos grados de cultura, debe formularse la pregunta que encierra el problema básico: ¿cómo se pobló América? Anticipemos que tal interrogante no está aún hoy totalmente esclarecido, ya que en estas materias lo más sabio es resignarse a saber ignorar, antes de inventar respuestas que sabemos improvisadas. Sin embargo concretando estudios que parten de fines

del siglo XIX —justamente cuando el profesor Cora clamaba por que tal problema fuera borrado de los temarios de certámenes internacionales—, podemos establecer el estado actual de esa importante cuestión.

No podemos desechar, rotundamente, la posibilidad de un autoctonismo remoto (acaso representado por el tipo hipsidolicocéfalo de Lagoa Santa y algunos de los más recientes pseudo precursores de Ameghino, en América del Sur, así como por la cultura Folksom y otros elementos afines, en la del Norte), pero la gran masa poblativa debió de llegar de fuera, por diferentes vías: *a*) la fácil entrada del Estrecho de Behring e islas Aleutianas (“puerta única de entrada” para el antropólogo Hrdlicka, pero solución unilateral que no consulta todas las cuestiones que la etnografía, la arqueología y la lingüística plantean), por donde, por oleadas sucesivas, en épocas primitivas diversas, debieron entrar, no sólo pueblos asiáticos, sino también oceánicos en trance de migración septentrional; *b*) la llegada, “por salpique”, de expediciones ocasionales del mundo malayo-polinésico-melanésico-micronésico a puntos situados a lo largo de la costa occidental de América (expediciones favorecidas por el dominio de las canoas de balancín simple o de doble balancín y del reconocido conocimiento náutico de aquellos pobladores insulares y de los *atolls* corálíferos, habituados a la larga y constante frecuentación del mar; *c*) la invasión, de Sur a Norte, por Tierra del Fuego, de grupos de población australoide, que aprovechaban mejores condiciones climáticas que las actuales para descender, por Tasmania y un breve trayecto por mar, hasta las tierras del casquete polar y recorrer, por la Antártida actual, el camino terrestre necesario para llegar hasta cerca de tierra firme americana, (hecho que estaría en consonancia con las bajas posibilidades marineras de los australianos y tasmanianos).

De las rutas *b*) y *c*) se responsabiliza Paul Rivet, quien con un estudio comparativo minucioso de los usos y costumbres de los primitivos americanos y de los del mundo oceánico, así como de algunas otras particularidades, ha llegado a tales conclusiones, después de desechar, para los australianos, hipótesis más embarazadas. Imbelloni y Palavecino, entre nosotros, han abundado en consideraciones corroborantes, estableciendo el primero, por ejemplo, la cadena isoglosemática

derivada de la palabra *toki* y del uso de dicho instrumento, y el segundo, una serie de correspondencias lingüísticas entre el quichua y los idiomas insulares de la Oceanía. Y no hay que olvidar las corroboraciones ulteriores, de puntos de detalle, aportadas por diversos estudios, entre las que resalta, por lo ajena a las “ciencias del hombre”, la que ofrece el Dr. Nicolle, al identificar al *tifus de las ratas*, americanas, con el oceánico, alejados ambos del *tifus humano*, de procedencia europea.

Nada diremos, en cuanto a este problema del poblamiento primitivo de América, de la “teoría de los continentes a la deriva”, de Wegener —tan seductora si se la considera en el campo puramente especulativo o en el cartográfico— por tratarse de una hipótesis que presupone una fractura de la corteza terrestre posiblemente en tiempos anteriores a la aparición misma del hombre y, por lo tanto, sin valor antropológico.

De cualquier manera, el problema está planteado, no resuelto, acaso por la multiplicidad y hondura de los factores que toda intervención humana pone en juego, y tanto más que el Continente es sede de pueblos diferentes en grado cultural, en características de su morfología o antropología física, en lenguas. La “raza americana” es de una compleja diferenciación interna, tan grande, al menos, como cualquiera de las otras que se conocen. Tales diferencias, como ha quedado visto, asombraron a los europeos desde edad temprana y, para lo que se refiere a lo primero quedaron reflejadas en la prueba arqueológica.

Los vestigios de esas culturas atraieron la atención desde el primer instante. Pedro Mártir retrata el indumento de los caribes llevados por Colón. Cortés envía al Monarca, con todos los metales preciosos recogidos, el gran disco de oro, del tamaño de una rueda de carreta, y el de plata, aún mayor, que le obsequiaran para evitar su ingreso al territorio, algunos *codex* sobre algodón y magüey, y prisioneros de los que estaban cebando en jaulas de maderas para sacrificio de los dioses aztecas. Ya para Grijalba no era un enigma la vastedad de aquella tierra ni su pujanza cultural. Lo uno y lo otro lo había aprendido casi al mismo tiempo: al divisar, desde el Mar Caribe, las nieves de la Cordillera y al ver, en la boca de un río una flota de canoas, tripuladas por indios vestidos



con ricas telas de algodón y llevando oriflamas de la misma tela en la punta de los altos mástiles.

Otro tanto ocurre para Sudamérica. Si el prestigio casi continental de los Incas olvida y apaga a todo el resto, un obispo ilustre de Trujillo (realizador de una crónica, infaustamente perdida y de una magnífica iconografía en colores de costumbres y usos indígenas que he admirado en la Biblioteca de Palacio, de Madrid), D. Baltasar Jaime Martínez Compañón, envió al Soberano una colección de vasos preincaicos de la costa Norte del Perú, de aquellos, sin duda, que por ese entonces podían extraerse —y todavía hoy se extraen— de los arenales que sepultan los yacimientos arqueológicos de Chan-Chan, en los alrededores de su sede episcopal. Tales fueron, sin duda, las piezas integrantes de la primera colección de alfarería que en dos formas —corpórea y figurada— llegaron a España.

Dichos elementos habían de servir, más tarde, para la organización del Museo Arqueológico de Madrid y la diferenciación de las culturas americanas, de la misma manera que los textos lingüísticos, antes mencionados, se utilizarían, postreramente, en la clasificación por las lenguas. Ella no es muy fácil, entre otras cosas, por una aculturación lingüística ficticia, que provocó, sin sospecharlo, la obra evangelizadora. La prédica de la fe cristiana se hizo por diferentes medios, pero uno de los prevalentemente empleados, desde tiempos cercanos al Descubrimiento, es la enseñanza de los misterios cristianos en la lengua de los mismos naturales, a los que se quería hacer ingresar en la grey católica. Algo he dicho ya acerca de ello. Pero no está de más repetir que el estudio temprano de las hablas indígenas y la elaboración de sus léxicos, artes y gramáticas, así como de las principales oraciones del culto —con la correlativa publicación, de esos textos, que comienza, para nosotros, a partir de las recomendaciones del Concilio provincial limeño de 1583 y la aparición del famoso *Catecismo* trilingüe de 1584, en español, quichua y aimará— trae consigo un hecho de consecuencias etnográficas de primer orden: la predicha aculturación artificialmente creada por los blancos, que venía a sumarse al intrincado conjunto de las ya creadas en base a la convivencia

en territorios cercanos, a la guerra, al trueque y a las migraciones.

Este hecho, plenamente probado por los estudios etnográficos, debe ser tenido en cuenta en toda su importancia, pues no podrá entenderse el cuadro de las poblaciones aborígenes americanas, ni planearse certeramente ninguna clasificación lingüística o étnica, si no se recuerda dicha circunstancia y si no se restauran los límites primitivos, transgredidos, en más de una oportunidad, por la propaganda evangelizadora. Hay una “quichuización”, una “guaranización”, una “araucanización” artificiales, ocurridas en los siglos XVII y XVIII, con su secuela de topónimos alteradores de los *habitat* originarios, que hay que desechar cuando se intenta trazar los límites del área de distribución primitiva de dichos pueblos, puntos que han de retocarse ineludiblemente, antes de lanzarse a fijar de modo definitivo el panorama indigenista actual.

De cuanto se ha dicho se desprende que la existencia del hombre americano, como ser diferente de los tipos humanos ya conocidos, fué advertida rápidamente en España y cundió, desde allí, por toda Europa, alerta ya ante este repentino ensanchamiento del ámbito geográfico. Sobre ese Mundo Nuevo había reinado, hasta entonces incontrastado, ese hombre nuevo. A “salvar su alma” y domeñar su voluntad se lanzó, desde entonces, el empuje de España, que volvía a encontrar su razón de ser, perdida con la pacificación de la Península.

FERNANDO MÁRQUEZ MIRANDA.